



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Ceferino Palencia.)



—Me dicen cuantos me ven
que este año les gustaría
ver una comedia mía,
puesto que las hago bien.
Pues... cristiano, ¡no hay tu tía!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Conversación, por J. López Silva.—¡Va están de vuelta!, por Juan Pérez Zúñiga.—El licenciado Perales, por Ángel R. Chaves.—Colaboradoras, por Eduardo Bustillo.—Cuentas que..., por Sinesio Delgado.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: Ceferino Palencia.—El aro delator ó no hay delito que se oculte (diez viñetas).—El licenciado Perales (cuatro viñetas).—por Cilla.—Josefa Alcácer, de fotografía.



DE TODO UN POCO

Ocurren cosas muy raras por esos pueblos de Dios.

Hay un alcalde en no recuerdo qué villa riojana que obliga á sus administrados á retirarse por la noche antes de que sueñen las diez. Al que contraviene esta disposición salvadora se le exige una multa de cinco

pesetas, y si no la puede pagar... ¡á la cárcel con él!

El enunciado alcalde, dando una prueba de rectitud que le honra, se ha impuesto á sí mismo las cinco pesetas de multa por haber contravenido su propio bando. Es decir: una noche tuvo que visitar á una cuñada suya que estaba con un cólico, y al verse en la calle después de las diez, se dijo á sí mismo:

—¿Con qué estás fuera de tu casa á las once de la noche? ¿Con qué has faltado á las leyes emanadas de tu digna autoridad? Pues paga la multa, préndete á ti mismo.

El caso no es nuevo.

Yo he conocido un sastre que con una mano cortaba las levitas y con la otra se arrancaba pelos del bigote para castigar su propia torpeza. Después, cuando se presentaba el parroquiano con la prenda echando maldiciones, el sastre rompía á llorar y se arañaba el rostro desesperadamente.

—¿Le parece á usted bien engañarme de este modo?—decía el parroquiano.—Le he encargado una levita y me entrega usted una manteleta.

—Tiene usted razón—murmuraba el sastre.—¡Malditas sean mis tijeras!

Y se ponía la cara como un pandero á fuerza de darse manotones con el puño cerrado.

Todos los días estamos y ando en el mundo personas que faltan y después se arrepienten... para volver á faltar y arrepentirse.

Las hay que, como el alcalde preinserto, llevan su escrupulosidad en el cumplimiento del deber hasta el punto de darse con la badila en los nudillos.

Esto trae á mi memoria la conducta dignísima de D.^a Timotea, patrona sensible, que mantenía á sus huéspedes con toda clase de desperdicios, y unas veces les ponía para almorzar pellejos de gato con salsa de tomate, diciéndoles que eran pechugas de codorniz, y otras veces les daba residuos sospechosos de bacalao truchuela, haciéndoles creer que comían besugo de Laredo deshílachado.

Mientras los pupilos, ajenos á toda idea de mixtificación, devoraban gozosos los comestibles, D.^a Timotea, á solas en su cuarto, se mordía los dedos para castigarse á sí misma, y algunas veces llegaba su arrepentimiento hasta el punto de abrazarse á uno de los huéspedes y decirle con lágrimas en los ojos:

—D. Balbino, soy una pérfida. Hoy no han comido ustedes lengua de vaca, como han supuesto.

—¿No? Pues ¿qué era?

—Solomillo de mula. ¡Mátame usted, D. Balbino!

—Pero...

—Hágame usted el favor de pegarme con estos zorros. Y D. Balbino, por complacerla, tenía que pegarle sin compasión, hasta que ella gritaba:

—No se moleste usted más, D. Balbino, y tantas gracias.

Los que cometen una falta y lo reconocen así inmediatamente, aplicándose el condigno castigo, merecen la consideración de las personas bien nacidas.

Hay jóvenes desgraciadas que viven en el mundo llenas de arrepentimiento por haber entregado su corazón á seres infames, ó por otras causas que no debo de investigar.

—¡He sido muy culpable!—me decía una chica que cose para fuera y anda por casa con un gabán de su tío, en señal de desprecio á las vanidades de la vida y á la belleza de la forma.—He sido siempre amante del lujo y la ostentación, y ahora que ha llegado el arrepentimiento, me cubro con este chaquet para castigarme y abatir mi orgullo.

¿Ha cometido usted alguna falta?

—Sí, señor. ¡H! amado mucho! Puse mi corazón en Vicente, un joven salamanquino sin fortuna... Mamá se oponía á nuestras relaciones porque había averiguado, entre otras cosas, que Vicente no gastaba calcetines... Un día Vicente me pidió prestada una peseta para cortarse el pelo y comprar unos paños paticos... Yo se la di, creyendo de buena fe que se le había olvidado el portamonedas... ¡insensata! Vicente no volvió á presentarse... Después supimos que se había ido á vivir á Betanzos con un ama de cría seca... Desde entonces vivo aquí llorando mi irreflexión, y cada todas las mañanas tomo dos ó tres fósforos disueltos en sopas de ajo para ir lentamente socavando mi existencia... No quiero morir de pronto porque el crimen ha sido grande, y grande debe de ser también la expiación... ¡Ah, caballero! ¡Cuán terribles son los remordimientos!

La mamá de la joven confirmó con un suspiro esta triste relación, y aun añadió por lo bajo:

—Es una *vittima*, créame usted. En todo tiempo usa ese chaquet que la ahoga, y se pasa la existencia dándose cabezadas contra un lavabo que tenemos con el tablero de mármol. Todo cuanto come lo echa... Es verdad que ella ha sido muy bruta, porque estaba ciega por aquel pilla, pero bien lo está pagando.

—¡Pobrecilla!

—Ahora tiene la idea de matarse, y lo hará. Baste decir á usted que tengo necesidad de esconderle los candeleros para que no se coma el cardenillo...

No todos los que cometen faltas tienen verdadera conciencia de haber delinquido.

Anda por ahí mucha gente gorda y risueña que martiriza sin cesar á sus semejantes, y en vez de arrepentirse, se entrega al placer y hasta cobra.

No aludo á ciertos actores, verdaderos verdugos de las empresas y del hourado pueblo de Madrid.

¡Pues si diesen algunos cómicos en arrepentirse y martirizarse como D.^a Timotea, habría cada chichón por esos escenarios!...

Luis Taboada.

*

CONVERSACIÓN (1)

—Señorito. —¿Rubio?
—¿Qué se ofrece? —No, señor, moreno,
—Ahí, en el recibimiento, está un joven que pregunta con paño de asta de ciervo por usted con mucho empeño. lo mismo que el del señor
—¡Por mil! —Julán, el guarnicionero, y un sombrero sevillano
—Sí. —¿Cómo se llama? de color de gris.
—No, le he preguntado. —No acierto...
—Mal hecho. —Es muy tuno.
—Él es un joven bajito. —¿Tá que sabes!

(1) Conato de prólogo para el libro *Los gentes del bronce*, de D. Antonio Casero, prólogo á publicarse.

—¡Anda, pues no he de saberlo!
Como que al verme se puso
más dulce que un caramelo
y me dijo por lo bajo
dándose así, en el sombrero:
¡Vaya una boca serrana
y unos ojos zalameros!
—Tiene razón.

—Ya se sabe
que no ha dicho nada nuevo.
—¡Miren la presumidilla!
—¡Toma, lo soy porque puedol
—Y él qué tal aspecto tiene?
—Parece muy buen sujeto,
pero *miste*, no he querido
decirle que pase adentro
por si viene á cobrar algo,
porque dice que es *Casero*.

—¡Casero?
—Justo.
—¡Muchacha,
dile que pase al momentol
—¿Le conoce usted?
—Pues claro.

—¿Es torero?
—¡Qué torero!
Es un buen amigo mío
y un poeta muy discreto.
—¡Ah! ¿le ha *dao* la tontería
como á usted por hacer versos?
¡Pobre señor!

—Calla y vete,
bachillera.
—Va corriendo.
.....
—Vaya un cigarrillo.

—Venga.
(*Pausa*.)—Encienda usted primero.
—¿Que no señor!
—¡Vamos, hombre,
no ande usted con cumplimientos!
—Gracias.

—Y ahora usted dirá
lo que quiere de mí.
—Bueno.

Pues mire usted, yo he venido
á decirle á usted que tengo
el propósito de dar
á luz un tomo de versos
populares; mejor dicho,
de diálogos madrileños,
y ya que usted tantas veces
me animó con sus consejos
y sabe como ninguno
los puntos que calzo en esto,
quisiera saber qué juicio
forma usted de mi proyecto.
—¡Yo!

—Sí.
—¿Y á usted qué le importa?
—Ya puede usted suponerlo
cuando he venido.

—Bien, hombre.
Pues me gusta el pensamiento
porque tiene usted especiales
condiciones para el género
y hace usted cosas bonitas
y el público está por eso.
—¡Gracias!

—Conviene, no obstante,
que huya usted del grave riesgo
de seguir en sus trabajos
caminos que otros siguieron,
y de perder el buen gusto
con lecturas de esperpentos
de *Fulanos y Menganos*
y *Piaves y Ferencijos*.
Así, no es aventurado
predecir que en poco tiempo
llegará usted (si Dios quiere)
donde ha llegado el primero,
pues le sobra á usted pupi'a,
gracia, frescura é ingenio.

—¡Si es broma puede pasar,
pero llevada á ese extremo,
dispense usted que le diga
que no es broma, es pitorreo!
—¡Eso nuncal Yo no digo
jamás cosa que no siento.
—¿De veras?

—Y tan de veras.
—Vaya, pues si siente usted eso,

¿por qué no me hace usted un prólogo?

—¡Un prólogo! *Vade retro!*...
Pídaselo usted á Ricardo
de la Vega ó á Luceño,
los dos únicos que cortan
el bacalao en el género,
y además de ir bien servido,
ganará usted honra y provecho;
pero ¡á mi, pobre percebe
sin enjundia y sin talento,
que para vender sus libros
como á él le gusta venderlos,
necesita buscar prólogos,
epílogos é intermedios,
¿qué cosa va usted á pedirle
qué pueda servir de cebo?
¿Ni qué ha de importarle al público,
si es quien va á fallar el pleito,
que el tomo que usted publique
me parezca malo ó bueno?
Exija usted que me afeite
las patillas, por ejemplo,
que, acá entre *nobis*, es lo único
decentito con que cuento,
y aunque enferme del disgusto
mi mujer, me las afeito;
pero escribir prólogos,
seguro de que al hacerlo
me han de tomar la sedosa
cabellera los del gremio,
¡eso las narices! Antes
me disloco el pie derecho,
para que Apolo y Talía
puedan vivir con sosiego,
y le regalo la musa
á cualquier poeta de esos
que hacen redondillas fáciles,
pero ñoñitas por dentro.
—¡Lo dice usted con la boca
pequeña!

—Con la que tengo,
que es grande como bolsillo
de concejal desenvuelto.
—¿Qué bromista!

—¡Qué reconcho!
¡No hablo en broma, que hablo en serio!
—¿Va usted á desairarme, entonces?
—Y si baja Dios del cielo
con una embajada de esas,
al mismo Dios le hago un feo.
—¿Sí? Pues yo publico un prólogo
de usted.

—Difícil es eso.
—No lo crea usted, porque ahora
voy á mi casa en un vuelo,
subo, llamo, me abren, pido
pluma, papel y tintero,
y, en menos que un cura loco
se persigna pongo en verso
este diálogo que usted
y yo estamos sosteniendo;
firmo después J. López
Silva, lo imprimo y al pelo.
¿Qué tal?

—Eso es otra cosa;
porque si hace usted los versos
y los firmo yo, mi firma
ganará, pero sospecho
que si el respetable público,
juez inapelable y recto,
al ver mi nombre en el libro,
dice: «¡Guarda que es podencol»
llevará usted en el pecado
la penitencia, ¡oh mancebol
porque al fin de la jornada
venderá usted el libro al peso.
—Sarna con gusto no pica.
—Pero molesta.

—Me alegro.
¿Usted se opone?

—Yo nunca.
—Pues no hay que hablar ya más de ello
—Bien, pero si hace usted el diálogo
terminelo usted con esto,
que, aunque mío, nadie puede
negar que es un buen consejo:
¡Padres, los que teneis hijos!
Si les da por hacer versos
y piden para sus obras
prólogos á cualquier *méndigo*,
rompedles una costilla.

—¡Hombre, nol ¿Por qué?
—Por memos.

J. López Silva.

EL ARO DELATOR
Ó NO HAY DELITO QUE SE OCULTE



La señora de Diéguez acostumbraba á dejar á su dulce esposo cuidando de los niños y marcharse á pasear bajo las frondosas arboledas con un amigo de la infancia.



El cual amigo procuraba corresponder á la delicada atención que se le dispensaba, de la mejor manera posible.



Diéguez, entre tanto, ignorante del verdadero objeto de aquellas escapatorias, sacaba á orarse al mayor de sus vastagos.



Jugaba el chico con el aro que se las peñaba.



Y tanta violencia le imprimió en una de sus furiosas arremetidas,



que el aro se perdió en lontananza.



Y rodando, rodando...



vino á turbar el dulce y pecaminoso idilio, sujetando de este modo á la señora de Diéguez y al cariñoso amigo de la señora de Diéguez.



Busca que te busca el aro, claro está que habían de encontrarle sus dueños.



Y... ¡figúrense ustedes lo horrible de la situación, la furia de Diéguez, el compromiso de la señora de Diéguez y la paliza del amigo de la señora de Diéguez!

¡Ya están de vuelta!

¡Dios mío! ¡Cómo han llegado los niños de don Mateo de la quinta de recreo que tienen en Valmojado!

Como allí no han visto gente, hoy no hay Dios que los soporte, porque vienen á la corte salvajes completamente.

Y lo de menos sería que hablasen á lo patán; lo malo es que creen que están en el campo todavía,

y no tan sólo hacen presas y ladran como los perros y suponiéndolas cerros se suben sobre las mesas,

sino que de dos en dos se van colando en mi casa, y lo que allí dentro pasa no tiene perdón de Dios!

Ramón, que es de los chicuelos el mayor, y es mentecato, llevó el jueves á mi gato arrastrando por los suelos hasta su casa, y allí

comenzó á gritar: «¡Ahí va la liebre! ¡Mira, mamá, la liebre que traigo aquí!»

Yo debí darle una tunda; mas dije: «Es cosa perdida. ¡Bah! ¡resabios de la vida del campo, que Dios confundals!»

La niña que Paz se nombra riega la alfombra y la cala y trilla luego en la sala y hace pedazos la alfombra.

Periquito, que es un tuno, cree que es la percha un manzano y le arranca con la mano los boliches uno á uno.

Pepito no disimula su vocación, y se enfada si no trota la criada como si fuera una mula.

Vienen feroces los chicos de su huerto; es la verdad.

¿No han podado sin piedad mis paraguas? ¡Qué horribos!

Hasta la pobre Pascuala es una revoltosilla.

¡Carape con la chiquilla! ¡No he visto cosa más mala!

Y un día voy á tener que echar de casa á Ramón.

Es ya todo un mocetón, ¿y sabéis lo que hizo ayer?

Vió á mi doucella el muy pillo, y aunque ella no admite excesos,

la plantifico tres besos en lo oscuro del pasillo,

mientras tanto que Pascuala, para yo no sé qué aparos,

me pedía á mí tres duros en lo claro de la sala.

¿No le irritan á cualquiera desafueros tan brutales?

¿No se merecen los tales *mambises* una puntería?

Pues así es como han llegado los niños de don Mateo de la quinta de recreo que tienen en Valmojado.

Juan Pérez Jiménez.



El licenciado Perales.

De mazo en calabazo, de zoco en colostro, iba dando el licenciado Perales por aquellos campos de Dios, sin saber qué trocha tomar, ni por qué vereda aventurarse en busca de aquel oscurecido pueblo que tanto sabía él dónde estaba como si se tratara de descubrir la insula Trapobana ó de dar con el vasto imperio Micomicón.

Pero no por eso atajaban su paso ni el sol que le derretía los sesos, más que ya ellos de suyo lo estaban, ni aquellas dilatadas y vastas llanuras en que ni sombra de arbusto ni rastro de persona dejaba descubrir la no escasa extensión que abarcaba la vista.

Verdad es que ya hacía largas horas que su estómago había perdido el recuerdo de aquella fermentada y última cena hecha la noche anterior; muy cierto que los juanetudes dedos amenazaban escapar por entre las mal cerradas prisiones de unos zapatos de cordobán del más duro y peor adobado, é indudable que, aun teniendo más agujeros que cedazo y más grietas que casa en ruinas, las sucias y astrosas bayetas que le cubrían le hacían sudar á caños y derretirse á chorros. Pero ¿qué le importaban todas aquellas penalidades, si al fin de ellas iba á hallar el oasis de sus esperanzas, el puerto á que llevaba puesta la proa el bajel de su traquetada existencia?

El único obstáculo serio con que tropezaba era con el de no saber ni el nombre ni la situación topográfica de aquella aldea que, sin embargo, conocería él entre mil. ¡Poco claras veía aquellas casitas blancas como palomas, acurrucadas al pie de la alta y severa torre de una iglesia de tonos grises, y de tan gallarda y atrevida traza que no parecía sino que era la cosa más fácil del mundo encaramarse por ella para trepar hasta el cielo! Como si en él hubiera vivido años y años, sabía de memoria todos los rincones de aquel dilatado y espesísimo huerto, á que no llegaba otro rumor del mundo que el canto de los pájaros y el susurro de las fuentes, y mejor que las indigestas definiciones de *Pandectas* ó *Instituta* tenía en la cabeza el rostro picarresco y burloncillo de su prima Isidora, que, aunque no había visto nunca, se hubiera atrevido á copiar, sin olvidarse de la menor peca, de ser tan diestro en el arte de Zeuxis y de Apeles como lo era en las ciencias de Bartulo y de Baldo.

¿Cómo habría perdido aquella carta? ¿Cómo, recordando una

por una todas las palabras de su tío el arcediano, no hacía, ni por asomos, memoria del lugar en que estaba fechada la epístola? Vaya usted á saberlo.

Pero él tenía fe, una fe ciega en que encontraría el olvidado lugarejo. Además de su vehemente y justificado deseo, le imponía tal obligación un deber de conciencia. Su tío, desde el lecho de muerte, le llamaba para que le cerrara los ojos; por recompensa le legaba toda su fortuna y, lo que era todavía de más valor, le hacía el precioso legado de su sobrina, de Isidora, aquella Isidora á quien, como ya sabemos, no conocía el licenciado, pero á la que, á pesar de ello, amaba con frenesí, adoraba como un loco.

¿Qué había de extraño, pues, en que corriera leguas y leguas, sin cuidarse de que los pies se le hacían trizas en los baches del camino, ni de que la cabeza le daba vueltas y más vueltas, movida por la debilidad del estómago y el cansancio de los músculos?



Y sin embargo, ¿cómo se reían de él los escasos viandantes con que tropezaba cuando, obstinado en que habían de d cirle donde estaba aquel lugarejo, de que no podía dar más señas que del Preste Juan, los aburría á preguntas á cual más absurdas y fuera de propósito!

Por suerte, á veces resulta verdad aquello de que la constancia vence hasta imposibles, y cuando, al cabo de no sé cuántos días, la fatiga y el hambre le tenían á punto de no poder dar otro paso, un arriero que, seguido de su recua, parecía tener más prisa de acabar con una no pequeña bota que llevaba en las alforjas que no con el polvoriento camino que recorría, vino á ser así como la estrella que le guiara á los portales de su ventura ó á la Jerusalem de sus sueños.

Este, aunque hombre zafio y de toscos modales, dió en escucharle con menos regocijo, pero más á despacio que los otros, y al cabo, de pregunta en pregunta, de réplica en réplica, terminó por darse una fuerte puñada en la cabeza, que era de las redondas y enmarañadas de pelo, para exclamar con un vozerón parecido al tañer de campana cascada:

—¡Apostamos doble contra sencillo á que el arcediano por quien pregunta vuesa merced es, mejor dicho, era, porque á estas fechas debe ya estar tan muerto como mi abuelo, D. Lorenzo Perales, ó sea el cura de Valdenuño, que es el nombre con que le conocemos por acá?

—¡El mismo! ¡el mismo! —interrumpió el licenciado echando chispas por los ojos.

—Pues si es tal—siguió el arriero,— así esté tan cerca del cielo el alma de D. Lorenzo como vuesa merced lo está de su casa. Con trasponer ese cerro le ha de parecer que con la mano toca la iglesia del lugar.

No necesitó de más el licenciado. Sin detenerse siquiera á dar gracias á quien tan señalado favor le prestaba, echó á correr con la misma ligereza que si las blandas plumas del lecho acabara de abandonar, y en menos de un cuarto de hora no sólo estaba en la aldea, sino que, con las indicaciones del primer vecino que encontró al paso, se metió de rondón por los umbrales de aquella casa que había buscado con el mismo afán que el pueblo de Dios la tierra prometida.

II

Sin el desmayo que le tomó al encontrarse delante de aquella Isidora, que se parecía como una gota á otra gota á la que él se había imaginado, asombro, mejor que asombro tristeza, le hubiera producido el mal disimulado desencanto con que le recibía persona que con tal afán debía esperar su llegada.



Pero tanta era su extenuación, tamaño había sido su último esfuerzo, que sin volver en sí estuvo algunas horas, y aun después de ellas no lo hizo por entero hasta que una sustanciosa taza de caldo y buen vaso de añejo, servidos por la mano de su prima, le hubieron devuelto en parte su vigor.

Entonces, por la ancha ventana que iluminaba la alcoba á que se le había conducido, distinguió la sombría espesura del huerto. Era el mismo que había visto en sus sueños; pero, sin saber por qué, se le antojaba más menguado y más triste.

Isidora, que estaba muda y pensativa delante él, todavía con la taza en la mano, tenía todas las líneas del retrato con que la había visto en su mente; pero le faltaba aquella atracción irresistible, aquel encanto incopiable que eran así como luz que, viniendo de adentro, debía iluminar aquellas fracciones ahora sombrías y apagadas.

Y entonces, entonces era cuando lo recordaba. A las blancas casas del pueblo, á la gallarda torre de la iglesia, que apenas había entrevisto en su rápida carrera, les faltaba lo mismo que echaba de menos en su prima, lo que hacía que aquel huerto, que azotaba con sus ramos los cristales de la ventana no tuviera la poética dulzura con que le había soñado.

Pero no, no. Aquello era indudablemente efecto del estado de su ánimo. Era quizá que el hábito de la muerte, que se cernía sobre el lecho en que, contra las predicciones del arriero, todavía agonizaba su tío, impregnaba de tristeza todo lo que des-
volviera á su estado normal, tendría las presentidas alegrías, las anheladas dulzuras de que ahora notaba la ausencia.

De un salto se puso de pie, tomó amorosamente entre las suyas la mano de Isidora, le habló y por primera vez oyó su voz. También, también era el mismo acento, la misma modulación! Pero ¿dónde estaba aquella vaguedad de timbre, aquel acariciador susurro que llenaba los intersticios que quedaban entre sílaba y sílaba, entre nota y nota, para hacer desaparecer aquella dureza que ahora hería el tímpano?

El licenciado Perales quiso andar, quiso correr al sitio desde que su tío le llamaba con una voz que tenía mucho de estertor, y no pudo.

La alta fiebre que la fatiga y la excitación nerviosa habían desarrollado en pocos minutos le hizo volver á caer pesadamente y sin sentido en el lecho.

III

Cuando abrió de nuevo los ojos, habían pasado muchos días, muchos, quizá más de un mes.

El haber escapado de las garras de la muerte se debía á un milagro que Isidora atribuía á la Virgen de las Angustias, y el médico de la aldea á la profundidad de su ciencia. Sin quitarles nada al poder divino de la Patrona del pueblo ni á los conocimientos técnicos del Galeno, tal vez á lo que en primer término se debía el milagro era á la juventud y robustez del paciente.

El hecho es que ya estaba fuera de peligro, y que una semana, tal vez menos, bastaría para que pudiera dejar aquel lecho de que, en honor de la verdad, no se había separado Isidora más tiempo que el preciso para cerrar los ojos á D. Lorenzo, á aquel santo varón que le había servido de padre.

Pero una semana, unas horas más, era plazo demasiado largo para la impaciencia del convaleciente, que necesitaba levantarse en seguida.

La ciencia, la intervención divina, lo que fuera, le había devuelto la salud, pero no había destruido la perturbación que trastornaba su cerebro, y, arrastrado por ella, lo que con persistente tenacidad quería era huir de aquel pueblo, que para él no era Valdenuño; de aquella Isidora, que no era su Isidora; de aquellas paredes, que no eran el nido que debía servirle de abrigo en las desventuras de la vida.

Y lo malo era que aquello no tenía ya nada que ver con el delirio de la fiebre, sino que era obsesión de la mente, que, lejos de desaparecer con la convalecencia, con ella cobraba más consistencia y mayores bríos. Por desdicha, desde una legua se dejaba adivinar que ya no había de haber para él hora tranquila ni momento de reposo, oyendo, como oía sin cesar, la voz, parecida al estertor de la muerte, de su tío el arcediano, que le llamaba desde lejos, desde muy lejos, para hacerle donación de todas aquellas venturas que le prometía en su carta.

Todas las precauciones, todos los cuidados de Isidora no bastaron. Cien veces le atajó á punto de huir de aquella que él tenía por insuperable prisión; pero una de ellas, un leve descuido dió al traste con su obra de paciencia sin límites.



Una noche en que la pobre niña, vencida por el sueño, se olvidó de cerrar la ventana que daba al huerto, por ella, como pájaro que recobra la libertad, escapó el licenciado Perales, para volver á recorrer los campos hambriento y extenuado de

fatiga, preguntando á todo el mundo por aquel pueblo de que ahora conocía el nombre, pero de cuya situación topográfica ni él ni nadie sabía una palabra.

IV

¿Qué fué del infeliz demente? ¿Quién lo sabe? Encerrado en cualquier casa de orates, confundido con los más vulgares enajenados, nadie volvió á pensar en él.

¿Nadie? No. Isidora, aquella Isidora que recibió á su primo con una indiferencia que se confundía casi con el disgusto, no dejó ya de pensar en él toda su vida.

¡Embellezca tanto las cosas la distancia, que es menester tener un poco más sólido el cerebro que le tenía el bueno del licenciado para conocer la felicidad cuando la tenemos al alcance de la mano!

Angel R. Chaves.



COLABORADORES

Para tí, crítico insigue que, en *El Duende de la Corte*, de literatura y arte escribes tus opiniones,

y que, imparcial, sin distingos de empresas, vates ni actores, en asuntos del teatro la pluma en la llaga pones.

para tí, mi noble amigo, tan juicioso como noble, son estas mis advertencias de estos mis cortos renglones.

No basta que bien escribas y que después bien lo cobres, y que te injurien los necios y que los sabios te elogien.

Has de ver también que *El Duende* anda en todos los rincones, y que hay, entre lo ilustrado, mucho vulgo en sus lectores.

Rodéante monaguillos en tu altar de sacerdote; si tú condenas peccata, te salen con el qui tollis.

Absorto en tu ministerio, ni los miras ni los oyes; mientras tú el arte defiendes, ellos la industria socorren.

Mira que á tu lado mismo se alzan tan contrarias voces;

en tu mismo *Duende*, apenas tu severo juicio expones.

Juzgaste justo un fracaso ocurrido la otra noche, y hoy vi en tu diario triunfantes los fracasados autores.

JOSEFA ALCÁCER



En la zarzuela *El dúo de la Africana*.

Juzgaste á un actor *muy malo* y con muy buenas razones, y hoy como á actor *eminente* en *las columnas* le pones.

Juicios anónimos salen, con tus juicios tan discordes, que tienen á mucha gente en un mar de confusiones.

¿Quién contra tí colabora y, para que al mundo asombren, *saca en hombros á maletas* con pluma ó voz por estoque?...

Sueltos de contaduría, gritos de codicia torpe, rebeldías de amor propio ó industria de *timadores*, sufrílos no puede un crítico que estima su arte y su nombre, pues de tu labor se burlan esos *colaboradores*.

Eduardo Bustillo.



CUENTAN QUE...

Entró en el limbo un día, causando asombro, el alma de un sujeto viejo, achacoso... Los niños se asustaron y huyeron todos gritando: — ¡Que nos comel ¡Favor! ¡Socorro! — Aquí hay error por fuerza, y error muy gordo (pensó el guardián del limbo), porque supongo que éste se iba al infierno ó al purgatorio y ha tomado un camino por tomar otro.

Y en seguida á San Pedro le envió un propio pidiendo explicaciones de aquel embrollo.

La respuesta al instante mandó el apóstol diciendo: — No hay tal cambio.

Dios poderoso con las criaturitas manda á ese prójimo porque empleó su tiempo, que no fué corto, en mandar logogrifos á los periódicos y en juntar en un álbum cajas de fósforos.

Sinesio Delgado.

CHISMES Y CUENTOS.

Felicito sincera y lealmente al Sr. D. Francisco Pi y Margall. ¡El triunfo es suyo!

Ó por lo menos eso se desprende de las siguientes palabras del presidente del Consejo de ministros, que han copiado con verdadera fruición todos los periódicos:

«Cuba necesita una amplia descentralización. Tiene derecho á administrar su dinero; tiene derecho á administrar sus obras públicas, ejecutando primero las que ella crea de mayor utilidad.»

Me parece que más claro... agua. Porque si Cuba tiene esos derechos, supongo yo que los tendrán también todas las regiones y provincias de la metrópoli. Y habrá que reconocérselos en seguida.

Porque, de lo contrario, no faltarán maliciosos que sospechen que esas gangas se conceden sólo á los que se levantan en armas contra el gobierno constituido, y quemar poblaciones, destruyen puentes y arrasan campos.

Lo contrario de lo que antes ocurría precisamente.

Otra declaración del Sr. Cánovas: «Yo no flaqueo; pero si ocurriera algo extraordinario, que no espero, pero que tengo previsto, no soy hombre que rechace una solución nacional con el concurso de todos los partidos.»

¡Ay, madre! Eso de la *solución nacional* me huele á reconocimiento de la autonomía, ó de la independencia, ó de...

En fin, verán ustedes cómo resulta que estábamos esperando la época de la *seca*, no para dar una paliza monumental á los insurrectos, sino para hacer una plancha.

Por solo un beso de tu boca diera toda mi vida, Inés... mas con la condición de que pudiera recobrarla después.

Dice el hombre: En este mundo todo es vanidad y engaño. Y tiene la vanidad de hacerse el desengañado.

FRANCISCO DE LA PEÑA.

De pronto cayeron enfermos ciento sesenta niños del colegio de María Cristina, en Aranjuez.

La enfermedad presentaba en todos los mismos síntomas, y la gente, que no entiende una palabra de medicina, creyó que la causa no era otra que la adulteración de los alimentos.

Pero como era preciso saber á qué atenerse, se nombraron comisiones, acudieron los hombres de ciencia, se hizo la autopsia á las dos víctimas, entraron en juego los reactivos y el microscopio, y... entre tanto se fueron curando ellos solitos, á Dios gracias, todos los demás enfermos.

Al fin, salimos con que se necesitan cinco ó seis días para diagnosticar la enfermedad con toda exactitud y conocer sus causas á fuerza de combinaciones y de cálculos.

Total: que, gracias á los adelantos modernos, han podido morirse todos; pero eso sí, á las dos semanas hubiéramos podido saber con toda seguridad de qué se habían muerto.

En ocasión de mirar un duro Pepe Francés,

en su cuarto quise entrar;
dije.—¿Se puede pasar?
y exclamó:—¡Difícil es!

FEDERICO CANALEJAS.

Libros:

El quinto La Xana, poema simbólico, en bable, original de D. Francisco González Prieto.

Almanaque de El Motín, para 1896. Le forman, como de costumbre, numerosas composiciones en prosa y verso de distinguidos escritores, además dotas, cuentos, epigramas y caricaturas clericales y frivolas.

Se venderá mucho, porque como los tiempos son de impiedad y descreimiento, y además no cuesta más que una peseta...

Novelas menores, de D. Antonio de Valbuena. La aparición de un libro nuevo del notable escritor y afamado crítico es siempre motivo de regocijo para los amantes de la buena literatura. En éste ha reunido el autor una porción de novelitas y cuentos que andaban desperdigados en distintos periódicos. Precio del tomo: 3 pesetas.

Asak eta naste, colección bilingüe de artículos, poesías y cuentos, con dibujos alegóricos y una obra dramática enakara arreglada para hombres solos, por D. Marcelino Soreza Lasa. (2.ª serie.) Precio: 2 pesetas.

La mala sombra, cuento de D. Jaime L. Solá, interesante y narrado con gran amenidad y corrección de estilo.

Trabajos sueltos, de D. Francisco Pi y Margall, notables como todos los suyos, forma el tomo 28 de la *Colección Diamante*, que con grandísimo éxito publica en Barcelona la casa editorial de López. Cuesta, como los anteriores, 50 céntimos.

Pólvora en salvas, lindísima colección de cuentos originales de D. Francisco Pérez Mateos. Precio: 1,50 pesetas.

Unitarismo y federación, folleto de D. J. Daniel Infante, publicado en Rosario de Santa Fe.

Recurso interpuesto por los propietarios del ensanche de Madrid, alzándose ante el gobernador de la provincia del decreto de la alcaldía presidencia.

Estrellas fu azes. Con este título ha publicado un puñado de cantares el distinguido poeta D. Joaquín Alcalde de Zafra, presentándolos en unas elegantes cartulinas. La inspiración y la forma galana que campean en dichas *Estrellas* se recomiendan por sí mismas á las personas de buen gusto. Por eso, de hoy en adelante la frase «ver las estrellas» también podrá significar sensación de placer, si se trata de las que ha publicado Alcalde de Zafra.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Don Emilio.—¿Una cosita picante? ¡Cál! Lo que voy á hacer es copiar algo para solaz y recreo de los pobres de espíritu:

«Ya bí con gran regocijo
de tu salud el buen estado,
eso me gusta chiquillo
el que estés muy bueno y sano.»

La forma deja mucho que desear, pero las intenciones son buenas á machamartillo.

Otro que tal balle.—El asunto del romance pertenece á un género pasado de moda. El del soneto es bñndí... y no tiene gracia.

Acosaca.—¡Ay! no; ni en esta ocasión cabe, porque es atrevido como el solo é irreverente con las creencias de nuestros ilustres antepasados.

Inocencia.—¡Rediez con la inocencia! ¿Sabe usted que el varapalo es de los de Órdago á la grande?

Un suscriptor de México.—No pueda complacer á usted. Ignoro en absoluto dónde puede encontrar la composición á que alude.

Paliharo.—Todas pecan de lo mismo, de vulgaridad. Pero ¡por Dios! no incluya usted sellos.

¿A que no?.—¿A que sí que es la primera vez que veo empezar un romance por el verso que marca la asonancia? Las quibucas pudieran pagar si tuvieran alguna novedad, aunque hará poca. ¡Ah! el pie quebrado de la primera no sólo es quebrado, si que también cojo.

K. Pullo.—El *De profundis* lo es verdaderamente y para un periódico festivo... ¡qué demostr! no me parece muy oportuno que digamos.

Fray Atila.—Esta es muy mediana, muchísimo! No recuerdo la otra, pero como usted comprende, no se puede contestar á todas las cartas.

Del Gado.—Figúrese usted si me gustará la idea, que hará unos dos años hice yo aquí mismo una *humoradita* con el mismo asunto. Sin duda usted no la conoce.

Ranchohín petit.—Con dolor de mi corazón le digo que no está bien verificada. ¡Casi es mejor que se dedique usted á poner bombas como el otro.

Sr. D. V. C..—No puede ser, ¡bien lo sabe Dios!
Sr. D. P. L. M..—No ha podido escribir á usted particularmente, como hubiera sido mi deseo.

Un militar.—Es propia para un álbum, pero no tiene humorismo de ninguna clase, ni sombra de interés general.

K. Tite.—Se distrae usted demasiado al contar las sílabas y... á lo mejor se le meten en un verso más de las que caben.

Gertrudis, María y Mercedes.—Muy señoras mías: La idea no es mala; la forma es medianilla desgraciadamente.

P. M. y Est..—Ambas cositas no están mal de verificación. Pero son fuercecillas... y sin gran cantidad de gracia por ende.

Sr. D. E. M. P..—Tengo la sospecha ridícula de haber leído antes ese soneto. Y no habrá quien me lo quite de la cabeza.

Sr. D. E. P..—Tampoco puede ser esta vez. El romance resulta pesado, y la mitad lo menos de las palabras *temer* no son propias de los personajes que las pronuncian, ni están bien aplicadas.

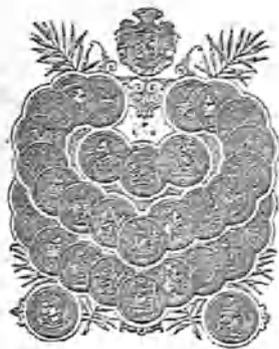
Util dirá!.—Pues digo que el soneto pertenece al antiguo régimen. Hubo un tiempo felle en que estaro de moda eso de empezar con estilo levantado y acabar con una salida de tono. Sólo M. del Palacio tiene cien de esa clase.

Palca!.—Para el abanico de autor... pudiera pasar. Pero no para otro lugar alguno.

Sr. D. R. E..—Digo lo mismo de eso de la prima y de lo otro de la primavera. Y añado además que *orgullo* y *ruya* no son consonantes más que en Madrid, donde se dice *foyo* y *gayino*. En el resto de la nación no pasan de la modesta categoría de asonantes.

Un poeta.—Aparte de la vulgaridad, hay una porción de asonancias y de versos forzados. Bueno es que sean percheteras, pero no tanto.

Pirón de la Pagoda.—¡Valiente guasa le ha hecho á usted la Divina Providencia.



COGNACS
 PUROS DE VINO GARANTIZADOS
 ELABORACIONES Y SOLERAS DESDE 1887
GRAN DESTILERÍA SISTEMA A VAPOR CHARENTAIS
 7 Grandes Medallas de Oro; 35 Medallas y Diplomas.
BARCELÓ Y TORRES
 (MÁLAGA)
 PROVEEDORES EFECTIVOS DE LA REAL CASA
 Píanse en todos los Ultramarinos, Cafés y Tiendas de España.

Tras un estudio profundo sobre la sopa de *ghiten*, se averiguó que es de búten y sin rival en el mundo.

LIBERALE Y CALVENTE
 Fábrica: Trafalgar, 9.
 Venta: principales Ultramarinos.

CHOCOLATES Y CAFÉS
 DE LA
COMPañIA COLONIAL
 TAPIOCA-TÉS
 50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
 DEPÓSITO GENERAL
 CALLE MAYOR, 18 Y 20
 MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
 COGNACS SUPERFINOS
 MARCA REGISTRADA

 JIMÉNEZ Y LAMOTHE
 MÁLAGA-MANZANARES
 MADRID—Imprenta de los Hijos de M. G. Fernández, Libertad, 18 duo.